



Carlos Morand: “Llegarán de Noche”

Por Ignacio Valente

Los editores (Gabriela Mistral) anuncian esta novela, Premio Único del Concurso Nacional de novelas rurales “Eduardo Barrios”, como “un testimonio de las graves tensiones que sucedieron en los últimos años en el campo chileno. La literatura rural se enriquece con esta obra, que evoca en sus páginas el enfrentamiento social que fuere frecuente en aquel medio”. No es una presentación festoñera; nos hace pensar en una obra testimonial, en un libro sobre un tema determinado, en una novela clasificable por el ambiente rural en que transcurre, cosas todas hasta convencionales. Pero el libro no lo es en modo alguno. Los problemas políticos y sociales del campo durante el gobierno de la Unidad Popular no son su tema, sino, afortunadamente, su telón de fondo, su horizonte, y hasta cierto punto su pretexto; la novela tiene vuelos propios, y una pluralidad de planos entrelazados —el suicidio de un escritor, las desavenencias de un matrimonio, el destino de un novelista frustrado—. El problema social es sólo uno de los ingredientes de esta compleja estructura, lo cual le da una potencia mucho más eficaz que si se tratara del tema mismo.

El protagonista, un espíritu urbano que gasta de repetir aquella boutade según la cual “el campo es un lugar horrible donde los pelos aslan crudos”, ve transformarse un pacífico paseo doméstico por el campo en una peligrosa aventura que parece terminar en la “toma” de la parcela, lo que le move a reflexionar así: “¡Bufones, locos, jajares, poetas, no os aventureis más allá de los muros de las villas! No están los tiempos para andar desaprensivamente por los espacios rurales. La vida bucólica es una sola gran trampa que acecha al confiado ciudadano del asfalto. El sol se ha vuelto negro, de la montaña baja una vertiente de sangre, una mujer parió un ternero, y hacia los cuatro horizontes se han soltado los caballeretabardos, los pastorcillos caníbales, los leprosos, los iluminados. Monjes apostatas y predicadores de la cruzada roja recorren los caminos anunciando las promesas del Segundo Salvador. Nada de resurrección eterna esta vez; sólo medio litro de leche diario para cada infante nacido dentro de los límites de nuestra desnutrida república”.

La cita puede dar una idea del tono de la novela, de esa energía fabuladora que

EL MILLENIUM, Santiago, 20-VI-1976

atraviesa los hechos más triviales y les confiere un carácter entre la epopeya y la parodia, entre lo legendario y lo grotesco. La ironía tampoco está ausente en ninguna de estas apretadas docenas páginas. El acontecer íntimo de los cuatro personajes enlaza muy bien con el drama colectivo del país, en un movimiento dialógico cuyo ritmo narrativo está admirablemente logrado. En este sentido, Carlos Morand ha hecho un progreso evidente. Su novela anterior, “Con las manos en las rodillas”, era la obra de un escritor joven, muy consciente de sus limitaciones, que intentó exactamente lo que podía hacer bien —una obra lineal y simple, de ambiente homogéneo y personajes unívocos, ligados al mundo de las letras—, y que triunfó sobre el justo desarrollo que se había propuesto. Esta vez, en cambio, Morand se ha aventurado en una obra más compleja, de implicaciones múltiples, escrita a dos o tres voces, y ha salido con éxito de la difícil empresa. Creemos que, pasado esta prueba de fuego, se encuentra ya capacitado para imponerse desafíos novelísticos de cualquier envergadura.

El pretexto de la novela es el paseo doméstico que emprenden dos parejas jóvenes, cuyos mundos son esencialmente distintos. El escritor frustrado habla en primera persona. Es un carácter antíptico, para sus interlocutores y para el propio lector, que se enerva un tanto con su humor agrio y sus salidas pesadas. Sin embargo, a pesar de ser un carácter negativo y aun corrosivo, está tratado en el desarrollo de la novela con un alto grado de interioridad y aun de simpatía, lo que no deja de ser curioso, y da idea del talento de Morand: no es fácil desplegar en forma negativa a un personaje que se ama, o al revés, amar a un carácter negativo. Del otro personaje, un agricultor de la estirpe tradicional, se habla en tercera persona, notándose, si, a ratos una cierta vacilación en el problema de los puntos de vista narrativos, sobre todo cuando, sin justificación visible, la mujer del escritor habla también en primera persona, interrumriendo la doble serie alterna de puntos de vista. Pero esta momentánea y breve irrupción no altera, en lo substancial, la bien conseguida sincronía entre la primera y la tercera persona.

El drama del escritor es su exasperante ironía, esa distancia de espectador curioso y malevolo que interpone entre los sucesos y su persona: su mujer piensa: “¿Por qué esa ironía, Pablo, esa distancia, por qué siempre esa distancia? ¿Por qué seguimos casados? ¿Por qué nos casamos?”. Pero debe reconocerse que esa distancia irónica, con todo lo que tiene de exasperante en la conducta de Pablo, es la parte fuerte de la novela, en los trozos narrados por él en primera persona, trozos que poseen una libertad expresiva, una ligereza, un humor que no se permite; en cambio, la parte narrada en forma objetiva. Esta última corresponde esencialmente al agricultor, cuyo problema es genérico y está tratado con mucha menor intimidad, de donde resulta que la parte político-social es la menos importante de la novela: “Estaba solo. Estaban solos, él y los otros como él. Desparatados por el valle, por la provincia, por el país, las tierras como la suya eran miserables islas asediadas de amenazas. Poco a poco sus dueños fueron comprendiendo que para defendérse contaban únicamente con ellos mismos. Miembros de un gremio deshaciendo, se enviaban señales, trataban de establecer puentes, de ayudarse, de organizarse. Muchos habían zombiado ya. ¿Y él? Terminaría como los otros, de intermediario en la Vega o vendiendo queso y carne en los días de veda, al amigo del tío del cuñado del vecino...”.

Más allá de esta dimensión social, la presente novela puede leerse como la historia de dos matrimonios, una mejor aventura que otra, como la crónica de una obsesión, el suicidio del escritor frustrado en maestro país, y como la sarta incesante de ironías que un carácter corrosivo prodiga a su alrededor, contra su mujer, contra los demás escritores, contra la vida del campo, contra el universo. Esta última es, me parece, la parte más personal y más conseguida de la novela: el dejo irónico que impregna todas las observaciones del escritor en círculo, y que alcanza el punto más logrado de esta obra, en cuanto al lenguaje se refiere. En substance, el libro nos deja la certeza de que Carlos Morand, nacido en 1906, es uno de los pocos novelistas notables de su generación; talento frío y distante, como su protagonista, está alcanzando rápidamente una madurez prometedora y casi única dentro del panorama de nuestra narrativa nacional.

Llegarán de noche [artículo] Ignacio Valente.

Libros y documentos

AUTORÍA

Valente, Ignacio, 1936-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Llegarán de noche [artículo] Ignacio Valente.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile